

JESÚS CAÑADAS

ATHENEA

★ y los elementos ★

El Corazón de Atlantis

edebé

ATHENEA

★ y los elementos ★

El Corazón de Atlantis



JESÚS CAÑADAS

edebé

© Jesús Cañadas, 2019
Published by arrangement with UnderCover Literary Agents

© Ilustración: Marina Vidal

© Edición: Edebé, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño: Book & Look

1.ª edición, marzo 2019

ISBN: 978-84-683-4098-2
Depósito legal: B. 1282-2019
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



ATHENEA

★ y los elementos ★

2

El Corazón de Atlantis



UNO

EL REFLEJO DEL AGUA



1

Era una noche de tifón. Gotas de lluvia, gélidas y ansiosas como dedos de sirena, caían sobre los dos únicos edificios que se levantaban en medio de aquel paraje boscoso. Ventanas oscuras, puertas feroces, el mordisco de la hiedra en los muros. Telas de araña gruesas como alfombras en los corredores. La calma de la madrugada reinaba allí dentro.

Pero no por mucho tiempo.

Se oyó el más leve de los chasquidos. En una pared se abrió una pequeña trampilla. De ella surgió una cabeza. Su dueña miró a ambos lados y volvió a introducirse en la abertura. Fue un pie el que tomó el relevo, y luego otro, y luego dos piernas. El cuerpo al que pertenecían emergió a través del hueco y se apoyó en el suelo. Dio un par de pasos con cautela.

En aquel momento, un gajo de luna apareció en medio de aquel cielo embotado. El resplandor se derramó a través de una ventana e iluminó a la figura. Era una chica un tanto baja, de formas redondeadas y con el rostro cubier-



to de pecas. Vestía una camisola desgastada, atravesada por tirantes negros que sujetaban un par de pantalones de jinete. Una melena de rizados rojos caía por debajo de sus hombros.

Athenea von Hammerstein, claro. ¿Quién si no se habría atrevido a internarse en aquel lugar, a aquella hora, en medio de aquellas sombras?

Thea contuvo la respiración y alzó el pie para dar un nuevo paso. No llegó a hacerlo. Un susurro llegó hasta ella desde la abertura a su espalda:

—Por favor, Thea.

Ella giró sobre sus talones con un gesto de fastidio. Por la abertura en la pared asomó la cara de Mehdi. El miedo empalidecía su piel morena y arrugaba sus poderosas cejas. El chico otomano, compañero inseparable de Thea desde que se conocieran el año anterior, estaba aterrorizado. Thea empezaba a pensar que era su estado natural.

—Por favor —repetió Mehdi—. Volvamos. Esto es muy peligroso.

Thea lo escuchó como quien oye llover. Fuera llovía, así que no iba muy desencaminada.

—Ni hablar, Mehdi. Ya hemos llegado hasta aquí; no podemos abandonar. Alexander von Humboldt no abandonaría jamás. Si te da miedo, vuélvete tú. —Mehdi ya se despedía con la mano y volvía a meter la cabeza por la abertura cuando ella añadió—: Pero como te vayas, no intentes dirigirme la palabra nunca más.

Mehdi se detuvo. La duda entre su propia seguridad y que Thea le retirase la palabra duró lo que dura una moneda



lanzada al aire. Salió por la abertura de un saltito. Aterrizó con la gracilidad de un pato cojo.

—No levantes la voz —le previno Thea—. Recuerda el plan; a partir de aquí tenemos que ir con mucho cuidado.

—Ir con mucho cuidado. Claro. No se me había ocurrido. Gracias por el consejo; intentaré aplicarlo con la mayor diligenc...

—Que te calles y te muevas.

Mehdi reconoció la expresión mosqueada de Thea. Sabía que no había poder en la faz de la Tierra capaz de hacerla abandonar en su empeño. Se recompuso como pudo y dijo con un gesto caballeroso:

—Después de ti.

2

Lejos, muy lejos, la misma tormenta que atronaba por encima de las cabezas de Thea y Mehdi bañaba también la ciudad de Lisboa. La noche inundaba los callejones. No había un alma en la calle. El siseo de la tormenta acentuaba aquella penumbra que amparaba tritones y maleantes. Las farolas colgantes bailaban al son enloquecido del poniente, y las sombras jugaban a ser monstruos surgidos de aquel abrazo entre cielo y mar que los humanos llamaban horizonte.

En un rincón perdido de la ciudad, el señor Mordecai echó un vistazo a través de la ventana de su tienda de antigüedades. Motas de polvo del tamaño de gorriones flotaban



en la penumbra del interior. Los rugidos de la tempestad hacían temblar la tienda y hasta al propio señor Mordecai. El anticuario se apartó de su puesto tras el mostrador y fue a cerrar. Ya estaba bien por hoy. Ningún cliente estaría tan loco como para venir a aquella hora y con aquel aguacero. Además, le apetecía sopa.

Se detuvo antes de echar el cerrojo. A través del cristal atisbó un bulto delante de su puerta. Sus dedos batallaron con el cierre hasta que consiguió abrirla. Delante de ella habían dejado un paquetito pequeño que se iba empapando por momentos. Mordecai lo recogió como quien rescata a un recién nacido. Un reguero de tinta a medio correr dibujaba su nombre. El señor Mordecai le dio la vuelta. No había remitente en la parte de atrás; apenas unas breves palabras escritas con trazo elegante: «Un obsequio de M. Salem».

El anticuario sopesó la idea de tirar el paquete a la basura. Quién sabe qué habría pasado de haberlo hecho. Quién sabe por qué no lo hizo. Una uña que más bien parecía un mejillón abrió el paquete. Contempló el interior. Sus cejas se enarcaron.

En aquel instante, un relámpago brotó de una nube preñada. Su resplandor latigüeo sobre los tejados. El señor Mordecai dio un respingo. Quizá lo interpretó como una señal, porque inmediatamente se echó sobre los hombros un capote que podría haber pertenecido a María Antonieta y salió a la calle.



3

Mordecai caminaba por la calle lluviosa al mismo tiempo que, muy lejos, Mehdi seguía a Thea por el corredor. Un sombrero fez tocaba su pelambreira negra y reluciente de brillantina. Cubría sus labios la sombra de un bigotito que algún día le daría un aire marcial. De sus hombros colgaba la mochila de cuero que había reemplazado a su querido maletín. En ella llevaba, entre multitud de inventos de su propia cosecha, su posesión más preciada: la única fotografía que conservaba de Suleyman Firat, su padre. Mehdi había crecido un palmo desde su aventura del año anterior; ahora Thea le llegaba a la barbilla. Su cuerpo larguirucho y desgarbado estaba encorsetado en un traje verde oscuro con chaleco y corbata con nudo Windsor.

Avanzaban con una mezcla de cautela y premura. Los guardianes del tesoro que habían ido a buscar podían descubrirlos en cualquier momento. La noche aguantaba la respiración y escondía sus brillantes ojos tras la sábana de la tormenta. Los relojes no se atrevían a dar la hora. Mehdi intentaba pisar exactamente donde pisaba Thea. De lo contrario, quién sabía qué podía pasar.

Se detuvieron delante de una puerta de madera negra. Dos quinqués ardían a ambos lados. Ni Thea ni Mehdi se detuvieron a preguntarse quién se encargaba de mantenerlos encendidos. Desde las paredes los espiaban rostros de personas muertas largo tiempo atrás.



—Aún estamos a tiempo de volver —sugirió Mehdi.

—Mehdi, no puedo hacer esto sin ti. Tenemos un plan, ¿verdad? —Él asintió con poca convicción—, pues no te apartes del plan.

Thea sujetó el picaporte de hierro. Estaba frío. Una brisa salida de ninguna parte hizo temblar las llamitas de los quinqués. Hizo girar el picaporte muy muy muy despacio. El clic resonó como un cañonazo en medio de aquel silencio. Hubo un redoble en el pecho de Mehdi. Si algo o alguien andaba cerca, debía de haberlo oído. Vendrían enseguida a por ellos. No vino nadie.

«Ayúdame, melón», indicaron los labios de Thea sin sonido alguno. Mehdi negó con la cabeza. Thea asintió. Él volvió a negar. Los ojos de ella se entornaron. Mehdi suspiró. Cuatro manos tiraron de la pesada plancha de roble hasta que se abrió una rendija.

De la abertura surgió un murmullo espeluznante. Eran los ronquidos de una bestia, y por el volumen, debía de ser lo bastante grande para engullirlos a los dos a la vez. La mandíbula de Mehdi empezó a temblar. Thea le colocó el índice justo bajo la barbilla para ahogar el castañeteo de sus dientes.

Se deslizaron por el hueco de la puerta.

4

En el instante en que Thea y Mehdi cruzaban la puerta de madera, un relámpago atizó los tejados del Barrio Alto de Lisboa. Dentro de una casa que todo el mundo creía aban-



donada, se iluminaron unos pies descalzos sobre el mármol descascarillado de un pasillo. Aquellos pies pertenecían a una niña rubiales. Despeinada y flacucha, iba apenas cubierta con un camisón desaliñado. Su piel era tan blanca que cualquiera la habría confundido con un fantasma.

Por el suelo se repartía un auténtico ejército de cazos, perolas, palanganas y ollas. Todas estaban situadas estratégicamente para recoger el agua que se derramaba por las goteras que llenaban el techo de la casa. Algunos de los recipientes rebosaban y otros estaban a punto de hacerlo. Quizá se podría haber luchado contra esa inundación a plazos, pero nadie se ocupaba de aquella tarea ingrata.

Nadie más que la niña, que ahora mismo trotaba hasta un cubo lleno hasta los bordes. Apartó el cubo con esfuerzo y en su lugar colocó una cacerola abollada y más bien feota. Con manos diminutas, tironeó del cubo pasillo abajo. A ambos lados se repartían puertas entreabiertas por las que asomaba una negrura tan profunda como el bostezo de una orca. La niña cruzó una de ellas, y desde luego no fue al azar.

Tras la puerta se desplegaba una penumbra submarina. Dentro se entreveían unas paredes azulejadas, un bidé que nadie había usado ni recordaba cómo hacerlo, un espejo cubierto por una telaraña de grietas y una bañera panzuda y señorial, que ahora mismo estaba llena de agua.

Al pie de la bañera había un taburete de aspecto frágil. La niña se subió de un salto. Inspiró una, dos, tres veces, y levantó el cubo a peso. Lo volcó dentro de la bañera y, una vez vacío, lo depositó a un lado. Se inclinó sobre el armatos-





te y abrió los brazos en un gesto de prestidigitador. Agitó los dedos en el aire. Se concentró. Otro rayo cayó en la lejanía e iluminó sus facciones macilentas.

Sus ojos se volvieron blancos.

O eso se pensaba ella. En realidad lo único que hicieron fue bizquear un poco. No sucedió nada más.

El trueno que acompañaba al rayo redobló en las alturas. Sonaba cada vez más cerca. La niña frunció el ceño. Volvió a agitar los dedos. Se concentró.

Sus ojos se volvieron blancos.

Que no. Que no, que no y que no. No había hecho más que volver a bizquear. Bajó de un salto y, sin pararse a pensar en lo que hacía, le dio una patada al cubo que acababa de vaciar. El cacharro de latón rebotó entre las baldosas con una escandalera que habría espantado a todos los peces de un acuario. La niña salió al pasillo. En el otro extremo, el marco de una puerta recortaba un resplandor de velas. Atravesó el bosque de goteras. Se detuvo justo en el marco.

—No me sale —anunció—. No tengo *poredes*.

El hombre a quien se dirigía estaba tan pegado a la pared opuesta que parecía que lo habían castigado. Apoyaba las manos sobre los lomos de los incontables libros que componían la biblioteca que tapizaba las paredes. Murmuraba sílabas que nadie en su sano juicio identificaría como un idioma.

—He dicho que no me sale —dijo la niña una vez más. Y una vez más, el hombre no le hizo ni puñetero caso—. ¡PAPÁ!





El hombre emitió un cloqueo de gallina y se apartó de la pared como si lo hubieran pillado en plena travesura.

—Ágata —su garganta crujió de lo poco que la usaba—. ¿Qué haces despierta a esta hora?

La niña, Ágata, le obsequió con una mueca de disgusto. Tenía las paletas muy separadas.

—No me sale, papá —repitió por tercera vez—. El agua no me *obedece*. No tengo *poredes*.

El padre de Ágata chistó. Tenía las sienas plateadas, la frente prominente y un matrimonio bien avenido de arrugas y ojeras en su rostro de nariz aguileña. Se acercó a su hija y posó una manaza sobre su hombro.

—Debes tener paciencia, Ágata. Estoy seguro de que conseguirás hacerlo.

Ágata abrió la boca, pero antes de que pudiera volver a protestar, se oyó el inconfundible sonido de nudillos golpeando madera. Venía del otro lado del pasillo. Alguien llamaba a la puerta.

—Ya está aquí —dijo su padre—. Ve a abrir, Ágata, haz el favor.

Ella frunció el entrecejo y obedeció. Correteó pasillo abajo con pasos de cangrejo atleta. ¿Quién venía a aquella hora? ¿Y en medio de aquel chaparrón? Ágata abrió y se encontró al otro lado con un hombre mayor y polvoriento. De su rostro ojeroso brotaba una barba larga, tan sucia y enredada que parecía haberse colgado de las orejas la madre de todas las pelusas del mundo. Desprendía un lejano aroma a pis de gato.

—Vengo... a ver... a Nemo Calambur —anunció el anciano con voz de aparecido.





Ágata se hurgó la nariz sin la menor idea de lo que era el pudor.

—Hola, *Modrecai* —saludó—. Está en la biblioteca.

El anciano parpadeó. Echó a andar pasillo abajo. Ni tres pasos había dado cuando le arreó un puntapié a una olla y la mandó a la otra esquina. Se volvió muy serio hacia Ágata. Ella lo miraba de brazos cruzados.

—Lo... siento.

—Qué torpe eres, *Modrecai*.

—Mordecai —llamó su padre desde el marco de la puerta—, ¿la has encontrado? Dime que la has encontrado.

—La he... encontrado.

El anciano atravesó lo que le quedaba de pasillo con tanto cuidado como un buzo en una fosa llena de tiburones. La lluvia caía sin descanso. Hurgó en su gabán y sacó una cajita forrada en terciopelo violeta oscuro.

—Aquí la... tienes.

—No sabes cuánto te lo agradecemos Ágata y yo. —Nemo le tendió una bolsita tintineante a Mordecai—. Espero que esto compense las molestias.

El anciano sopesó la bolsita con ojo experto y la hizo desaparecer en los laberintos de su gabán. Giró sobre sus talones sin mediar más palabra y se dirigió a la salida. Y por supuesto, le dio una patada sin querer a un cazo.

—Qué torpe eres, *Modrecai*.

El anciano, avergonzado, puso pies en polvorosa. Ágata cerró la puerta. Nemo, cajita en mano, le mostró una sonrisa en la que faltaban varios dientes.

—Con esto la encontraremos, Ágata.





—¡Bien! ¿Cuándo empezamos?

—Tú mejor vete a dormir. No quiero que te hagas daño si algo sale mal.

—Pero...

—A dormir, Ágata.

Nemo retrocedió y cerró la puerta. Ágata se quedó sola en el pasillo. Tras las ventanas, la lluvia caía sin tregua.

5

Thea y Mehdi aguantaron la respiración. El interior de la estancia era una especie de cripta de dimensiones reducidas. Las paredes eran bajas, quizá combadas por el peso de los años. La lluvia azotaba tras los cristales cubiertos de vaho de una ventana. El aire estaba empantanado. Olía a sepulcro, a cueva de dragón, a catacumbas de civilizaciones olvidadas.

—Huele a pies —se le escapó a Mehdi.

—¿Te quieres callar?

Al fondo se insinuaba una figura monstruosa, una mole que se contraía y expandía al ritmo de una respiración cavernosa. Mehdi ya estaba girando sobre sus talones cuando Thea le dio un codazo y señaló el lado de la esquina donde se acurrucaba la bestia. Allí estaba su objetivo. El tesoro que habían ido a buscar flotaba cautivo dentro de un diminuto tarro de cristal.

—Si se despierta, estamos muertos —dibujaron los labios de Mehdi.

—Quédate aquí y no te muevas. Enseguida vuelvo.



—¿Cómo que enseguida vuelves? —se las arregló él para chillar y susurrar a un tiempo.

Entonces un gruñido proveniente del fondo de la estancia los petrificó a ambos. La bestia se revolvió. Una gota de sudor frío, muy frío, bajó por la frente de Mehdi. Thea tragó saliva.

Pasaron los segundos.

No sucedió nada más.

Mehdi dejó escapar el aire que encrespaba sus pulmones.

Thea dio un paso al frente. Mehdi hizo ademán de querer agarrarla del brazo y tirar de ella hacia la salida. Thea se zafó de un manotazo. Avanzó con pasos de barro hasta la bestia durmiente. Se detuvo frente al tesoro.

Su mano iba a introducirse en el recipiente, cuando algo la interrumpió:

—¡Espera! —La orden de Mehdi hizo revolverse de nuevo a la bestia. Thea se giró e hizo un gesto de estrangular al otomano en la distancia—. Si lo haces así, se te va a caer.

—No se me va a caer.

Mehdi la miró.

—Athenea, se te va a caer... —Ella le sacó la lengua—. Deja que lo intente yo.

Mehdi posó la mochila en el suelo y se quitó el sombrero fez. Dentro guardaba una cajita de latón con dos diales rojos en su parte superior. Toqueteó ambos diales y, de pronto, la mochila se sacudió. Le salieron ocho patitas mecánicas y correteó en dirección al tesoro.

—¿Cuándo has tenido tiempo de hacer eso? —susurró Thea.

Mehdi no respondió; operaba concentrado los diales. La mochila se detuvo frente al tesoro y se abrió sola. De



su interior surgió un estambre metálico que se desplegó hasta alcanzar la altura del tarrito de cristal. Mehdi torció uno de los diales, y un gancho se abrió en el extremo del estambre.

—Lo llamo el Escamotineador —anunció, muy orgulloso.

—Llámalo como quieras, pero termina ya.

Mehdi manipuló el Escamotineador. Despacio, muy despacio, la punta se introdujo en el recipiente. El gancho atrapó el tesoro. En cualquier momento podía caerse el techo, hundirse el suelo, despertarse el monstruo. Thea se acariciaba la punta de los dedos con los pulgares.

El Escamotineador salió limpiamente y se retrajo junto con el tesoro en el interior de la mochila ambulante de Mehdi. El otomano le mostró una sonrisa radiante. Thea alzó las manos en señal de victoria.

De pronto algo captó su atención. Una imagen, apenas un reflejo en el agua que caía tras la ventana cerrada. Donde debería haber estado el exterior del recinto, lo que Thea vio fue un pasillo oscuro plagado de ollas que parecían haber crecido del suelo como setas. Y una niña rubia y delgaducha. Y una sombra de ojos gatunos que se cernía sobre ella.

—¡Rayos! —exclamó.

Y le dio con el codo al recipiente.

6

Ágata recorrió de nuevo el pasillo a oscuras. A cualquier niño le habría dado miedo aquel lugar, con sus crujidos noc-





turnos y el repiqueteo de los ratones entre las vigas. Ágata, en cambio, no tenía miedo de nada. Solo tenía curiosidad. Le encantaba observar cómo crecía el musgo entre las baldosas de aquel baño sin agua corriente, cómo bailaba la llama de una vela a la brisa del mar, cómo rompían aquellas olas que, según su padre, algún día obedecerían su voluntad.

O no. Quién sabía. Aún no había sucedido, y Ágata empezaba a sospechar que su padre no siempre tenía razón. Un pensamiento descabellado, por supuesto. Y sin embargo...

Y sin embargo, aún no había sido capaz de controlar el agua. Ni el fuego. Ni la tierra. Ni el viento. *Nereida, efrít, dríade, céfiro*. Los cuatro tipos de *avernales*. El resto del mundo no lo sabía, pero había gente en sintonía con esos cuatro elementos, capaces de controlarlos a voluntad. Y ella era uno de ellos. O eso decía su padre. Lo que pasaba era que todavía no había controlado nada de nada.

Podría haberse ido a la buhardilla que le hacía las veces de dormitorio, pero en lugar de eso volvió al baño. La lluvia cuchicheaba en el exterior con el rumor de mil tijeras mordiendo el aire. Resonaba el chapoteo insistente de las goteras. Ágata dudó un segundo y se subió de un salto al escabel. Probaría una vez más y, si no lo conseguía, se iría a dormir.

Volvió a apoyarse en el borde de la bañera. Cerró los ojos. Agitó las manos en el aire en un gesto de prestidigitador. Se concentró.

¡Bum!

La ventana se abrió de golpe. Una racha de viento entró enloquecida en el baño y volcó varios recipientes. Ágata la





contempló con los ojos muy abiertos. Una sonrisa de cumpleaños se dibujó en su rostro.

—¡He sido yo! —gritó—. ¡Lo he hecho yo! ¡Papá! ¡Lo he conseguido! ¡He *troncolado* el viento! ¡He abierto la ventana con el viento! ¡Papá! ¡Tengo *poredes*!

Echó a correr hacia la biblioteca. Y ahí, justo ahí, fue donde todo se torció.

7

El sonido del cristal haciéndose añicos les puso los pelos de punta a Thea y a Mehdi. Una cabeza calva y venosa se alzó en mitad de la mole de carne al otro lado de la sala y soltó un bramido que hizo temblar las paredes. Mehdi secundó aquel sonido tremebundo con un chillido de ardilla.

La bestia empezó a abrir unos ojos grandes que más bien parecían huevos recién fritos. Los iba a descubrir. No había tiempo de llegar a la puerta. Thea apretó los labios.

—¡Agárrate!

—¿A qué?

—¡A mí!

Mehdi giraba ya sobre sus talones cuando Thea pasó a su lado y lo sujetó de la corbata. El otomano agarró la mochila y la siguió casi en volandas. Las patitas metálicas se agitaron en el aire, tan asustadas como su dueño. Los ojos de Thea brillaron. Con la mano de Mehdi bien suje-



ta, se lanzó contra la pared del fondo. Se iban a partir la crisma. Mehdi se cubrió los ojos. Thea dio una zancada olímpica.

Y atravesaron la pared.

Estaban en la estancia contigua. A su alrededor empezaron a sonar gritos y rugidos. Los habían descubierto.

—¡No sabía que podías hacer eso!

—¡Ni yo!

No deberías hacer eso. La frase se abrió paso en la mente de Thea. Sin embargo, antes de que pudiera preguntarse de dónde había salido, entre las tinieblas de la nueva estancia asomó un rostro cubierto por una máscara verdosa y una penetrante peste a pepinillo.

—¡No te pares!

Corrieron hacia la siguiente pared. Thea volvió a atravesarla, y Mehdi con ella. Ni siquiera tenían claro si huían en la dirección correcta.

No deberías hacer eso, volvió a repetirse en la cabeza de Thea, un latido que la estremeció de un frío desconocido. Intentó ignorar la sensación. Atravesaron otra pared. Y otra. Y otra. Tenían que estar a punto de llegar al pasillo. Quedaba una última pared. Se lanzó contra ella.

Y esta vez no la atravesó.

Thea y Mehdi se dieron de bruces contra el muro, sólido como la mayoría de los muros se empeñen en ser. Ambos cayeron redondos al suelo.

—¡Ay! —se quejó Thea.

—¿Qué ha pasado?

Los pasos retumbaban cada vez más cerca.



—No hay tiempo, ¡vamos!

Solo había una puerta en la estancia en la que habían acabado. La cruzaron y salieron de nuevo al pasillo. La misma luz de velas bañaba todo. La abertura por la que habían entrado estaba a pocos metros de ellos. La bestia se bamboleaba por el pasillo seguida por sus secuaces. Sus rugidos ya debían de haber despertado a todo bicho viviente a kilómetros a la redonda. Casi los tenían encima. En cualquier momento los verían.

Las piernas de Mehdi, bastante más largas, le dieron ventaja. Se deslizó por la abertura en el muro. Extendió las manos hacia Thea.

—¡Date prisa!

Thea la tenía casi casi al alcance. Le faltaban tres pasos cuando volvió a tropezar con sus propios pies. Cayó lo poco larga que era a menos de un metro de la salvación. Fue una caída extraña. La tierra solía hacerla caer cuando lo necesitaba. Ahora se acababa de tropezar en el peor momento posible.

—¡Vete sin mí! —gritó a Mehdi, aunque su tono decía claramente *ni se te ocurra irte sin mí*.

Mehdi sacó más de medio cuerpo de la abertura y agarró a Thea de los brazos. La metió dentro de un tirón mientras la bestia y sus sicarios doblaban por fin el recodo que daba a la abertura del montacargas en el que acababan de entrar. Thea cerró la compuerta y accionó una palanca.



8



Ágata recorrió el pasillo y se detuvo en seco en la puerta de la biblioteca.

Se acababa de dar cuenta de que el interior estaba a oscuras.

—¿Papá?

La recorrió un escalofrío. Las ventanas temblaban, el temporal ya estaba sobre ellos. Lenta, muy lentamente, Ágata dio un paso dentro de la biblioteca. Una oscuridad traicionera se desplegó delante de ella.

—¿Papá? —repitió.

Ojalá no hubiera habido respuesta. De verdad, ojalá no la hubiera habido. Pero la hubo, vaya si la hubo. Y la respuesta fue:

—Ágata —era la voz de su padre, claro—, corre, hija. ¡Corre!

Un relámpago iluminó el interior del cuarto. Y fue ahí donde Ágata experimentó miedo por primera vez en su vida.

El resplandor duró menos de un segundo, pero fue suficiente para iluminar el cuerpo de su padre, tirado en mitad del suelo. Y también para revelar la figura encorvada sobre él. Una figura que levantó la cabeza justo justo en el momento en que el relámpago moría. Y que se fijaba en ella con dos ojos gatunos.

Ágata soltó un grito que no oyó nadie más que la lluvia. El trueno retumbó.



9

El montacargas se movió con un crujido que más bien pareció un trueno.

Un aullido de rabia se perdió en la lejanía.

—¡Lo conseguimos! —Thea abrazó a Mehdi.

—Todavía no. Nos estarán esperando abajo.

—¡Exacto! —replicó ella, y volvió a accionar el montacargas, que empezó a ascender—. Por eso vamos a subir.

—¿A subir? —A Mehdi se le salió el corazón del pecho.

—Están bajando a por nosotros. Vamos a subir al último piso. Desde allí bajaremos por las escaleras de servicio. Tú, al ala de los chicos, y yo, a la de las chicas. Nadie nos ha visto.

—¿Cómo que nadie nos ha visto?

—Digo las caras, melón.

—Nos van a pillar.

—No nos van a pillar. Y aunque nos pillen, habrá valido la pena. ¿Lo tienes?

Mehdi abrió la mochila, que había retraído las patas ella solita. Hurgó dentro y sacó el tesoro. Se lo enseñó a Thea.

—Eres el mejor, Mehdi.

El montacargas subió. Thea, sin embargo, sintió el aguijonazo de la preocupación. ¿Qué había pasado? ¿Por qué no había podido cruzar aquella última pared? ¿Y qué era aquella extraña voz que le había dicho *No deberías hacer eso?*

¿Y quién era aquella niña rubia que había visto en el reflejo del agua?

